

SEP 16 1977

REVISTA TEOLOGICA

CONTENIDO DE ESTE NUMERO:

La Iglesia Luterana y el Movimiento Carismático	1
El Catecismo 74	20
400 años - La Fórmula de la Concordia	33
La Sagrada Escritura	36
Bosquejos para Sermones	41
Amor escrito con mayúscula	47

él tenemos en lo espiritual vida y fortaleza, seguridad y esperanza, porque el Salvador ha prometido: "Yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre" (Juan 14.16).

Trad. Juan G. Berndt

El Catecismo 74

(Continuación)

No tomarás el nombre de Jehová tu Dios en vano;
Porque no dará por inocente Jehová
al que tomare su nombre en vano.

La Biblia

¿Quién no se opondrá a que su nombre sea abusado? Con razón reaccionamos en forma enérgica. No nos gusta que nuestro nombre sea tratado con ligereza. Aún más nos resistimos a que nuestro buen nombre sea usado sin nuestro permiso para que alguien consiga más rápidamente sus propios fines —a veces sospechosos. En verdad, el nombre es más que algunas letras compuestas al azar. Es más que una marca de identidad, más que un sonido definido. Detrás del nombre está el hombre que lo lleva— su personalidad, sea buena o mala. Detrás de él se halla a veces un programa científico o ideológico o una potencia política o un largo registro de castigos. El nombre de un hombre está protegido por la ley. Su honor no debe ser afectado. Lo notamos cuando un político llama al otro "un estafador". Entonces se le advierte por los tribunales que no le está permitido decirlo, y que deberá contar con ser penado en caso de reincidir. Tan en serio se toma el nombre de un hombre.

Dios se arriesga

¿Y cómo es el asunto con el nombre de Dios? ¿Cómo lo tratan los hombres? Ningún otro nombre se usa con indiferencia tantas veces y a diario como el nombre de Dios, en especial si acompañamos nuestro asombro o susto con un

"¡por Dios!" o con un "¡Dios mío!" o exclamaciones semejantes. Expresiones como "gracias a Dios" o "a Dios", ya son más bien oraciones. ¿Y en qué pensamos al usarlas? ¿En nada? Es posible que a aquel cuyo nombre usamos con mayor frecuencia, lo tengamos menos presente. Y justamente al orar debemos guardarnos del abuso del nombre de Dios. No debemos repetir palabras inútiles como hacen los que no conocen a Dios; y sin duda alguna constituye un abuso del nombre de Dios si se recita sin pensar cierta cantidad de Padrenuestros!

Debemos tributar nuestra admiración a Dios que se arriesgó en esta forma al darnos a conocer su nombre. Todo lo que cae en las manos de los hombres, siempre está expuesto a cierto peligro. Estas manos hacen más daño que bien. Y esto fue posiblemente la causa por qué Dios hizo inscribir el segundo mandamiento en las tablas de la ley. Para que los hombres no lo maltraten aún más, les decía: "No tomarás el nombre de Jehová, tu Dios, en vano."

Hubo tiempos en que se tomaban muy en serio los mandamientos de Dios en medio de su congregación. En el pueblo de Israel se trató de evitar durante cierta época la transgresión del segundo mandamiento al prescribir que el nombre de Dios no debía pronunciarse en absoluto. Pero esto era un modo de proceder demasiado formalista que no concordaba con la idea del 2º mandamiento; y de esta manera tampoco puede cumplirse el segundo mandamiento.

Frases litúrgicas - ¿fórmulas de rutina?

Tal vez sea verdad lo que dice Walter Luethi¹⁾ en su Interpretación del segundo mandamiento: que "allá donde están sentados los piadosos, el nombre de Dios puede ser objeto de más abusos que donde se reúnen los escarneedores". Por cierto que comenzamos nuestros cultos en el nombre del Dios Padre, y confesamos: "Nuestro socorro está en el nombre del Señor". Pero ¿en qué pensamos con esto? Fácilmente nuestras frases litúrgicas se transforman en fórmulas de rutina! Nosotros confesamos: "Creo en Dios Padre" y rezamos: "Padre nuestro que estás en los cielos".

Pero nuestros pensamientos están vagando en otra dirección. Cantamos himnos con textos muy sustanciosos; y si se nos preguntara qué acabamos de cantar, estaríamos desconcertados. Cantamos sin saber lo que cantamos. En esta forma también podemos abusar del nombre de Dios; pues un abuso irreflexivo también es una transgresión del segundo mandamiento. Es una propuesta más bien desesperada que aceptable, y sin embargo bastante seria la que hizo Pablo Tillich²⁾ de que "la iglesia imponga por treinta años una orden de silencio sobre sus palabras básicas".

Esto vale especialmente para nosotros los pastores y todos nuestros colaboradores que en forma particular están en el servicio de la predicación. ¡Cuántas veces debemos citar el nombre de Dios! Bautizamos en el nombre de Dios. Confirmamos, bendecimos matrimonios y sepultamos en el nombre de Dios. Por eso el segundo mandamiento se dirige en primer lugar a nosotros.

Una maldición desde el púlpito

No hace mucho un pastor pronunció desde el púlpito una maldición sobre un grupo de feligreses que en un culto habían usado un credo modificado en su contenido. Aquí se presentan ya dos ejemplos cómo en medio de la iglesia el nombre de Dios puede ser abusado. Maldecir significa en este caso que estos hombres sean excluidos en el nombre de Dios de la comunión con Dios y su congregación, y que sean entregados sin remedio a los demonios. Costó un enorme esfuerzo convencer al pastor de que con esta maldición, tal como fue pronunciada, había abusado del nombre de Dios.

Pero también todos aquellos —y esto es otro ejemplo— que hoy proclaman en medio de la iglesia que Dios está muerto, o que en un credo fabricado por ellos mismos hablan de un Dios completamente distinto de aquel que se nos ha revelado en su Palabra, cometen faltas contra el segundo mandamiento. También a ellos debe decirse que Jehová no deja por inocente al que tomare su nombre en vano. Pero Dios solo cumple con el castigo.

La bendición de armas

Siempre de nuevo se critica a la iglesia por haber bendecido las armas aprobando una guerra determinada y haciéndolo en el nombre de Dios. Así ocurrieron frecuentes abusos del nombre de Dios. En la primera guerra mundial las autoridades alemanas solicitaron que se hicieran cultos en los cuales se rogara a Dios bendecir las armas. Algo semejante hicieron los ingleses. F. S. Webster, una personalidad conocida en círculos cristianos, escribió: "Estoy firmemente convencido de que esta guerra es la guerra de Dios y no de Inglaterra. Creo que en este sentido es una guerra **Santa.**"

También hoy debemos estar prevenidos contra el abuso de que empresas muy humanas y también inhumanas, sean presentadas por los hombres como una cosa buena por haber sido emprendidas en el nombre de Dios. Todos cuantos lo vieron debieran haber quedado profundamente conmovidos por un cuadro en la televisión. Había allí una escuadra de aviones de bombardeo de los americanos, lista para el ataque. De repente aparece un capellán militar que pronuncia una oración. Probablemente habrá orado por la vida de la tripulación de los aviones. Pero ¿no debía producirse la impresión de que la iglesia acompaña con sus oraciones la obra destructora de tales bombarderos? Hoy se habla mucho de racismo y antirracismo. También dentro de la iglesia las opiniones respectivas son muy divergentes. De ningún modo se quiere admitir que por medio de un fuerte apoyo financiero como p. ej. que fue entregado por el Consejo Mundial de Iglesias en Ginebra, se apoyan actos de violencia. Antes como ahora es verdad —y aunque parezca raro, debemos destacarlo de nuevo y enfáticamente en la iglesia—: de la violencia no proviene ninguna bendición.

Tantos alcances tiene el segundo mandamiento en nuestra vida y en la de los hombres en el mundo. Nos advierte a nosotros los cristianos contra el abuso del nombre de Dios para empresas de este mundo que nunca pueden contar con el "sí" de Dios.

Advinación y hechicería

El segundo mandamiento nos fue dado para protegernos y ayudarnos. Dios, sin embargo, no lo precisa para su propia protección. Él puede protegerse a sí mismo mucho mejor de lo que podría hacerlo cualquier otro, también contra los blasfemos que abusan de su nombre para oscuros fines de hechicería, para mentir y engañar, maldecir y jurar. A esto apunta Lutero con todo énfasis en su interpretación de este mandamiento.

Muchas veces estas prácticas de conjuro de los nigrománticos y hechiceros se hace en lugares oscuros. Por el hecho de que no solamente se invoca el poder de Satanás, sino también el nombre del Dios Trino, a modo de refuerzo y confirmación, todo se convierte en una sola perversión.

El diablo se sirve del nombre de Dios para llegar a su meta. Nos equivocáramos completamente —si dijéramos tal vez con una sonrisa ingenua—, que todo esto no debiera tomarse tan en serio. Es precisamente por eso, porque no lo tomamos en serio, que esta potencia siniestra causa tanto perjuicio. A veces nos preguntamos asombrados a qué se debe que casas y familias — y a veces, según parece toda una ciudad — se encuentren bajo un conjuro. En tal caso es tan claro como el día que el Señor no dará por inocente al que tomare su nombre en vano.

Si te invoco...

El nombre de Dios debe estar despojado para ti de todo abuso para que —como dice Lutero en su explicación de este mandamiento— podamos invocar este nombre en toda angustia, para que tengamos la posibilidad de orar, alabar y dar las gracias. Con esto el nombre de Dios obtiene para nosotros un gran poder... "Él es —como leemos en la Biblia— torre fuerte. A él correrá el justo, y será levantado" (Prov. 18:10). "El día que clamé, me respondiste; me fortaleciste con vigor en mi alma" (Sal. 138:3). Dios puede y debe ser invocado por su nombre, especialmente en días de angustia y peligro. "Si Dios ²) no nos preservara, en virtud de la invocación de su santo nombre, ¡qué horribles y abomi-

nables desgracias sufriríamos! Yo mismo he intentado y experimentado que, a veces, una gran desgracia que sobrevino de repente, se ha alejado y ha pasado ante dicha invocación. Debiéramos, digo, usar continuamente del nombre de Dios para hacer sufrir al diablo, de modo que no pueda causarnos daño, que es lo que quisiera con gusto.

Dios no solamente castiga sino que también bendice. Esto lo quiere hacer por medio de su nombre. Para esto él se nos dio a conocer, al final por Jesucristo, al cual Dios ha dado un nombre que es sobre todo nombre (Fil. 2:9). Desde aquel entonces podemos rezar: "Padre nuestro que estás en los cielos. Santificado sea tu nombre".

El hombre programado

El tercer mandamiento

Acuérdate del día de reposo para santificarlo.
Seis días trabajarás, y harás toda obra;
mas el séptimo día es reposo para Jehová tu Dios;
tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu criada,
no hagas en él obra alguna,
ni tu bestia, ni tu extranjero que está dentro de tus puertas—
Porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra,
el mar y todas las cosas que en ellos hay,
y reposó en el séptimo día;
por tanto, Jehová bendijo el día de reposo
y lo santificó.

La Biblia

Sobre esto no debiera haber dudas entre nosotros. Cada uno de los diez mandamientos es un regalo de Dios para los hombres. Los mandamientos no son una reliquia de tiempos muy antiguos, que apenas se arrastra por la iglesia y la sinagoga hasta nuestros días. Los mandamientos tampoco intentan imponer a los hombres una carga pesada que sólo podría soportarse con lamentos. Los mandamientos quisieran hacerse una expresión del amor de Dios hacia el hombre.

En su Catecismo Lutero ha concentrado el tercer mandamiento en una frase lapidaria: "Santificarás el día de reposo". En la Biblia fue formulado en una forma más extensa, como leemos arriba. El día de reposo, por lo tanto, tiene un significado decisivo para la vida de un hombre, no sólo para la vida espiritual sino también para la material. Casi podríamos decir que es también un consejo medicinal y psicoterapéutico que se da al hombre por medio de este mandamiento. Nuestra vida está involucrada en un ritmo establecido por Dios mismo. Seis días de trabajo — un día de reposo. Trabajo y descanso son dos componentes por los cuales se conserva nuestra vida. Si nos movemos fuera de este equilibrio, nos enfrentamos con serias consecuencias.

Muchas veces nos lamentamos del trabajo agotador que tenemos que realizar. Pero mucho más desesperaríamos si nos faltase el trabajo o si escasease. Carlyle dijo que el trabajo es una felicidad. Pero esto vale sólo para el caso de que el hombre no sea objeto de abuso en su empeño de trabajo. Condiciones insatisfactorias de trabajo, explotación manifiesta son grandes limitaciones para la afirmación de que el trabajo es una felicidad. Tiempos hubo, y todavía los hay en el mundo, en que muchos hombres no podían disfrutar de un día de descanso. Bismarck, p. ej. no dio un buen consejo al exigir en el parlamento que con la introducción de la industria, el domingo debía ser considerado como día de trabajo.

¿Pero no nos encontramos hoy en el camino opuesto? Siempre de nuevo se declara que pronto el hombre tendrá más tiempo libre de lo que le gusta y de lo que le conviene. La semana de cinco días debe ser reducida a una semana de cuatro días y pronto de tres días. La capacidad del hombre se reemplaza —así se dice— por la automatización. Los robots y las computadoras nos asombran e igualmente nos asustan. Realmente es asombroso lo que pueden rendir. Pero es alarmante que el trabajo humano se hace más y más superfluo. Ya se ocupan grupos enteros de especialistas en estudiar cómo la abundancia de tiempo libre podrá organizarse en una forma significativa.

¿Y qué hace la iglesia? Antes debía luchar para que el

hombre tuviera por lo menos un día de descanso en la semana. Pronto quedará perpleja frente a tanto tiempo disponible. Entonces la vida del hombre será aún más programada de lo que ya lo es hoy día. En su libro "El ataque al alma", Marfeld³⁾ demuestra que desde todos los ángulos se presentan poderes visibles e invisibles que quieren manejar nuestra alma. "El subconsciente en cada uno de nosotros, nuestros deseos y aversiones, nuestra codicia, nuestra sexualidad, nuestros deseos más secretos son el teclado sobre el cual tocan los virtuosos de la conducción moderna de las masas, de la política y economía"... Ya en la actualidad el hombre es manipulado y programado ampliamente, aunque él mismo piensa que él sólo dispone de lo que ha de hacer y lo que no ha de hacer.

El centro de descanso en medio de la inquietud de la vida. Sin duda hay también algo de fascinante en la oferta de los que están programando nuestro tiempo libre. No tendría sentido considerarlos así no más como "tentadores secretos", ya que el hombre moderno casi no tiene ideas acerca de cómo emplear su tiempo libre. El hombre debe ser ambas cosas, el 'homo faber' y el 'homo ludens', el hombre que trabaja y que juega (se divierte). Pero también necesita de un centro de quietud de su vida. A base de tal centro le será posible poner medidas y valores y distinguir entre lo esencial y lo no-esencial. De este modo su vida, particularmente en el tiempo de que él mismo puede disponer, es guardada de una chata superficialidad, y de una programación total por parte de terceros.

Este centro aquietante se lo ofrece el tercer mandamiento. El hombre necesita tanto del descanso como del trabajo. Pero el verdadero descanso debe ser aprendido. Descansar no es solamente interrumpir el trabajo. Descansar no es solamente dormir y pasear, aunque ambas cosas necesariamente forman parte del descanso. Del descanso, sin embargo, forma parte también el tercer mandamiento. "Santifica el día de reposo", y no sólo lo **observes**. Esto significa ni más ni menos que esto: en las horas de reposo y libertad dejemos que Dios trabaje en nosotros. Dios bendijo el día del sábado, siendo él el primero que lo santificó.

La red irrompible de la ley

Durante siglos se extendía sobre el sábado una red de férreas prescripciones bajo la cual casi se asfixiaba. Jesucristo mismo lo despejó con su afirmación estupenda de que "el día de reposo fue hecho por causa del hombre, y no el hombre por causa del día de reposo" (Mr. 2:27). Durante siglos los cristianos han celebrado el domingo como el día de la resurrección de su Señor, cantando y orando y escuchando la palabra de Dios y tomando parte en la fiesta de la eucaristía (la santa cena). Lutero —también esto lo aprendemos de su exposición del mandamiento— puso en el centro del día del reposo la predicación de la palabra de Dios, el oír y el aprender esta palabra. "Debemos temer y amar a Dios de modo que no despreciemos su palabra y la predicación de ella, sino que la consideremos santa, la oigamos y aprendamos de buena voluntad."

Romano Guardini⁴⁾ da la respuesta a la pregunta: ¿Qué es el sábado?, una respuesta que también nosotros podremos hacer nuestra: "Primero: Ante todo, el sábado es el día del descanso, sin el cual el hombre llega a ser inhumano; segundo: en este día el hombre se percata de su dignidad como criatura de Dios e imagen suya, y de que es guardado por él en vista de la redención venidera; y tercero: el sábado es aquel día en que el hombre debe acordarse de Dios de una manera especial, ya que en los otros días, por causa de los problemas de la vida, tan fácilmente podría olvidarse de Dios."

La iglesia tiene sus cultos como antes. Por los avisos en los diarios puede verse que cada domingo se celebran miles de cultos. Hay quienes exigen violentamente una reforma de los cultos, porque las formas tradicionales, dicen, son anticuadas. Debíamos dedicar muchos esfuerzos en pensar cómo poder articular nuestro orar y alabar, y también nuestra predicación, con el lenguaje y la música de nuestro tiempo. Pero a un punto no podemos renunciar, un punto en que nada debe ser cambiado: esto es el evangelio de Jesucristo.

Reforma del culto

Es conmovedor y peligroso al mismo tiempo cómo se trata de reformar el culto. En el lugar de la lección y del sermón se leen exposiciones políticas, económicas y sociales. Los cantos del himnario son sustituidos por songs de protesta. El credo es omitido y en su lugar se pone una declaración hecha por ciertos individuos. Esta declaración habla de Jesús sólo como de un hombre, que no avanza con su programa, porque sus conciudadanos (los cristianos) constantemente se lo impiden. La oración se evita todo lo posible, porque frena las acciones de los hombres y seduce a no hacer nada. El hombre lo ha dicho todo a Dios. Ahora ya no hace nada más. Ahora Dios solo debe hacerse activo.

En este lugar no podemos hacer más que breves comentarios. Primero: Tales informaciones el hombre moderno las puede recibir de otras fuentes (diarios, radio, revistas, televisión). Para adquirir tales conocimientos no es necesario hacer el esfuerzo de ir a la iglesia. Segundo: Tales tentativas de usar el culto como lugar de información ya se hicieron varias veces en los últimos siglos. De ninguna manera es algo nuevo. En aquel entonces el pastor era algo así como un mediador que proveía recetas prácticas para la vida diaria. Pero ya hace mucho este papel ya no funciona. Tercero: La muy discutida "oración nocturna política" se preocupa mucho más seriamente por el actuar político. En forma enérgica, aunque bastante unilateral, da expresión a muchos problemas políticos y de otra clase (sin embargo no en un culto mayor sino vespertino, como lo indica el nombre), pero después desemboca en la oración.⁵⁾ Cuarto: Ciertamente aquel que piensa encontrarse en el camino justo, si deja todo como antes, toma el camino fácil. Cada culto exige mucho trabajo mental y espiritual, si es que se quiere transmitir el evangelio a la situación del hombre de hoy por medio de la predicación, el canto y la oración.

El evangelio quiere sanar. Hay muchas enfermedades que el hombre solo no puede sanar. Frecuentemente tienen su causa en que una persona se ha alejado completamente de Dios. La terapia debe enfocarse con miras a unir de

nuevo a Dios y al hombre. Sólo entonces puede comenzar el proceso de curación propiamente dicho. Sólo entonces Dios puede "programar" nuestra vida. El hombre espera —si es que espera algo del culto— ninguna enseñanza, sino una respuesta a su perplejidad, paz para su alma dislocada, y aliento por el poder divino para sobreponerse a los problemas de la vida diaria. Espera encontrar por lo menos allá a algunos hombres que le traten de manera distinta de lo que ocurre generalmente.

Lutz Mohaupt destaca que "se comienza a comprender que al hombre le hace falta el espacio libre del culto para poder meditar sobre sí mismo y sobre el mundo. Le gusta poder alejarse de la situación del estar envuelto en la presión de los deberes, y abrirse a la cuestión del sentido de todo. Busca orientarse hacia el centro de su vida, y para esto necesita la hora destacada de la celebración cúllica. Se ha iniciado una "teología del juego", no de la diversión frívola e infantil, sino del juego dramático, creativo y sereno que nos hace ver de nuevo que el hombre entero con su sentimiento y su fantasía, con sus esperanzas de largo alcance y sus presentimientos oscuros debe tener su lugar en el culto. Pues un juego no es algo superficial, sino —como el juego de los niños— algo lleno de una seriedad fundamental que de un modo paradójico se combina con la serenidad, la distancia desligada de la imposición del día de la semana. El juego no es algo informe, sino que se estructura por reglas determinadas; y las reglas del comportamiento cúllico son las liturgias. Debemos recuperar la liturgia si queremos recuperar el culto.

Si no nos engañamos, surge en forma paulatina pero notable una nueva posición de expectativa frente a la liturgia. Lo que Bonhoeffer ya presentía en 1944 comienza a presentarse tal vez con características inusitadas: "En las palabras y en los actos tradicionales presentimos algo totalmente nuevo y trascendente sin poder captarlo y pronunciarlo aún. Podría haber una liturgia del futuro que de nuevo comprendiera las alturas y los abismos de la vida humana. Pero su tono subyacente sería, en última instancia, la alegría. Sus himnos estarían llenos de vida.* Sus ritmos serían avasalladores, y moverían tal vez a la risa, pero también al llanto.

Y las palabras dichas y los mensajes proclamados dentro del marco de esta liturgia viviente demostrarían inmediatamente su fuerza y verdad y la comprobación a cada paso. La fe en el amor de Dios en Jesucristo se nos haría posible de nuevo en la medida en que nos acostumbráramos al mundo de una liturgia madura que nos hace seguros."

Vendrá el tiempo en que se abrirá paso en el hombre programado y manipulado por lo irracional, el deseo de ser implantado en el misterio de Dios. El hombre busca entonces más que una demostración lógica para sus pensamientos religiosos. Busca la fe que traslada los montes, y la adoración que no conoce límites. Entonar el himno que hace miles de años ha proyectado sobre la tierra el gozo del culto: "Una cosa he demandado a Jehová, ésta buscaré; que esté yo en la casa de Jehová todos los días de mi vida, para contemplar la hermosura de Jehová, y para inquirir en su templo" (Sal. 27:4). Este culto tiene futuro. Resplandecerá como una lámpara brillante en la vida de los hombres, mientras que todas las luces auto-fabricadas que querían salvar el culto con medios humanos ya hace mucho se habrán extinguido y habrán sido olvidadas.

El hombre solitario en medio de la masa

Hace poco tuve la oportunidad de visitar una congregación en una colonia recién establecida. Juntamente con una señora, madre de varios hijos e inquilina en un rascacielos, me dirigí de una habitación a la otra, para pasar saludos de la congregación. Y comprendí de nuevo cuán solitarios pueden estar los hombres en medio de una gran ciudad. Pero no solamente allí.

se hizo extraño para ellos, deben encontrar por lo menos

¿Dónde encuentran los hombres solitarios todavía la comunidad en que pueden sentirse en casa? La congregación que domingo tras domingo se encarga de la predicación de la palabra de Dios y celebra el sacramento de la santa cena, debiera ser tal comunidad. Los templos y las casas parroquiales en medio del mar rocoso de una gran ciudad, ciertamente debieran ser algo así como un lugar de refugio. Si nuestros inquilinos vienen desde el Este a un mundo que

en los cultos un pedazo de hogar. Ellos cantan con nosotros los mismos himnos y oyen el mismo evangelio que aquellos del otro lado de la cortina de hierro. Lo mismo nos pasa a nosotros cuando llegamos a otras congregaciones. ¿O es que nuestros cultos son tan impersonales que nadie saluda al otro, o por lo menos le dirige una mirada amistosa, cuando se sienta a su lado?

Siempre de nuevo puede oírse que los cultos son mal frecuentados. Esto es deprimente para todos los que toman parte. Pero por eso no deben ser clausuradas las iglesias —como a veces ya ocurre— ni deben callarse las campanas. El fuego de la palabra de Dios no debe extinguirse. Debemos salvarla para el tiempo en que de nuevo surgirá un hambre por las fuerzas salvadoras de Dios entre los hombres tan fuertemente manipulados y programados. Cuanto menos se predique la palabra de Dios, tanto más poder tendrán entre nosotros las potencias demoníacas. Éstas deben ser expulsadas, y Dios lo hace con la mayor eficiencia allí donde hace predicar con autoridad su palabra y hace que actúen sus sacramentos.

Es particularmente esta función del culto la que Lutero señala en el Catecismo Mayor en la interpretación del 3er. mandamiento: "En efecto, toma en cuenta esto: aunque todo lo hiciéramos de la mejor manera posible y fueras maestro de todas las cosas, no por eso dejas de morar diariamente en el reino del diablo. Éste no descansa día y noche para acecharte y encender en ti la incredulidad y malos pensamientos, contrarios a lo que aquí acabamos de exponer, y a todos los mandamientos. Por eso es imprescindible que tengas en tu corazón, en todo momento, la palabra de Dios; en tus labios, en tus oídos. Pero si tu corazón está ocioso y la palabra de Dios no suena, el diablo se abrirá paso y te dañará aún antes de que puedas advertirlo. Por lo contrario, la palabra, cuando se la considera con seriedad, se la escucha y trata, posee la fuerza de no permanecer estéril, sino de despertar incesantemente una comprensión, un goce y una devoción nuevos, creando un corazón y pensamientos puros. Porque no es un conjunto de palabras ineficaces o muertas, sino activas y vivas. Y si no nos moviese

ningún otro provecho o necesidad, debería llevarnos a ellas —las palabras— el hecho de que el diablo mediante la palabra de Dios es espantado y ahuyentado, lográndose además que se cumpla este mandamiento agradando con ello a Dios más que con todas las otras obras hipócritas que resplandecen". Todo esto significa el mandamiento de que "debemos santificar el día de reposo". El culto no debe llegar a ser una obligación piadosa. El día de reposo es una oferta de Dios para el descanso significativo en cuerpo, alma y espíritu. Con esto la vida experimenta el sentimiento de una fuerte seguridad. Pero también es provista con una libertad que comunica distancia frente a todos los que tratan de programar nuestra vida. Es muy correcto lo que dice el profeta Isaías (56:2): "Bienaventurado el hombre... que guarda el día de reposo, para no profanarlo."

(Continuará)
Trad. F. L.

- 1) Walter Luethi: Los Diez Mandamientos de Dios.
 - 2) Pablo Tillich: En el límite.
 - 3) Lutero: Catecismo Mayor, Obras de Lutero, tomo V, pág. 56.
 - 4) A. F. Marfeld: "El manejo del alma".
 - 5) Romano Guardini: "El domingo ayer, hoy y siempre".
 - 6) Acción Política Oración Vespertina, editada por Uwe Seidel y Diethard Ziels, Casa Editora Altenberg, Wuppertal, 1971.
 - 7) Lutz Mohaupt en "Mundo Espiritual", 20.1.1973.
- *) Muchos textos de nuestros himnarios resultan prácticamente incantables porque el hombre de hoy, también el hombre piadoso, ya no se expresan así. Hacen falta himnos nuevos. Obras de Lutero, tomo V, pág. 61.

400 AÑOS – LA FORMULA DE LA CONCORDIA

Breve historia de su origen

Fue hace 400 años que en el convento de Bergen cerca de Magdeburgo se terminó de redactar y se publicó, por una cantidad de teólogos luteranos influyentes y por encargo de sus príncipes, el libro llamado "Libro de Bergen" o "Solida Declaratio", como rezaba su título en latín. Los nombres de estos teólogos nunca debieran olvidarse en la iglesia luterana en todo el mundo: Jacobo Andreae, Martin Shemnitz,